

PROBLEMAS DE MÉTODOS EN LA HISTORIA AMBIENTAL DE AMÉRICA LATINA *

Stefania Gallini**

Resumen

El estudio de los trabajos historiográficos publicados acerca de la historia ambiental de América Latina evidencia que la historia ambiental por un lado desafía las tradicionales unidades de escala de los estudios históricos, típicamente el Estado nacional y sus divisiones administrativas, refiriéndose en su lugar a regiones biogeográficas, cuencas hidrográficas, agroecosistemas o áreas de difusión de plagas, entre otras. Por otro lado, ella también desafía la tipología de fuentes que la historia tradicionalmente ha utilizado y de preguntas con las cuales las ha interrogado. El ensayo propone una taxonomía: fuentes escritas y visuales, fuentes orales, trabajos de campo, citando ejemplos indicativos. El objetivo de esta discusión es contribuir a la construcción de una metodología propia de la historia ambiental de América Latina, y con eso aportar al incipiente debate acerca del estatuto epistemológico y metodológico de la materia.

Palabras clave: historia ambiental - metodología histórica - fuentes

Abstract

A literature review of Latin American environmental history shows that, on one hand, environmental history challenges traditional spatial scale of historical research, and in particular Nation-State and its administrative units. Instead, it refers to biogeographical regions, hydrological basins, agro-ecosystems, areas of plague diffusion, among others. On the other hand, it also challenges the type of sources History long used and the kind of questions historians usually make. The essay proposes a taxonomy: written and visual sources, oral sources, evidence from fieldwork, and it quotes instructive examples of each kind.

The aim of this discussion is to contribute to the construction of a specific methodology for environmental history and to the on-going debate about the epistemology and methodology of this field.

Key words: environmental history - historical methodology - sources

* Este ensayo ha recibido útiles comentarios por parte de las y los participantes en el I Simposio de Historia Ambiental Americana (Santiago de Chile, 14-18 de julio de 2003) y ASEH and NPHC 2004 Joint Annual Conference (Victoria B.C., marzo 31 – abril 4 de 2004). Agradezco el apoyo recibido por la Universidad Central, ASEH, DIB-Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá. También agradezco a Guillermo Castro y John Soluri, quienes organizaron las mesas en las cuales participé.

** Doctora en Historia de América DIUC – Universidad Central. Dirección Postal: Calle 75 no. 15-91 Bogotá, Colombia. Correo-e: sgallini@ucentral.edu.co

En un artículo reciente que eficazmente sintetiza el estado del arte de la historia ambiental en las distintas regiones del planeta, John McNeill nota que en América Latina ella muestra buen estado de salud y futuro promisorio.¹ El diagnóstico es acertado y se fundamenta en algunos indicadores académicos, como por ejemplo la acogida registrada por recientes conferencias y en particular el Primer Simposio de Historia Ambiental Americana en Santiago de Chile, o la aumentada oferta de cursos universitarios dedicados a la materia en los países latinoamericanos, aunque sigue sin respuesta la demanda de formación postgradual en este campo.²

Otro índice del estado de salud de la materia es el número y la calidad de publicaciones que desde la mitad de los años 90, pero con sensible aceleración en el último lustro, han salido a la luz pública, no obstante el campo de refracción de esta sea, muchas veces, limitado a las fronteras nacionales. Resultará útil en tal sentido una mirada a la meritoria y nunca suficientemente agradecida *Latin American Environmental History Online Bibliography* mantenida por Lise Sedrez. No obstante, la excesiva inclusión y la difícil lucha que su editora generosamente libra para garantizar la actualización de la información, estas páginas web siguen representando la compilación más exhaustiva del material de referencia para la historia ambiental de la región. Su consulta permite además apreciar la deuda genética y constante nutrición con la cual nace y crece en América Latina –a diferencia de otras áreas geoculturales– este campo del saber en relación con la Geografía (y la histórica en particular), la Antropología, la Arqueología y la Etnografía.

Pero el estado de la literatura muestra a la vez que la historia ambiental de América Latina todavía carece de una masa crítica de estudios locales y empíricos suficientes para empezar a tejer una malla interpretativa *grosso modo* extensible a la región entera. Quizá esta sea la razón por la cual los editores de una prestigiosa serie de volúmenes de síntesis de la historia ambiental de las distintas regiones del planeta (en preparación para su publicación en los Estados Unidos) hayan encontrado serias dificultades a la hora de encargar la redacción de la sección relativa a América Latina, para la cual una síntesis no parece posible porque no hay todavía mucho que sintetizar.

Posiblemente esta sea también la motivación por la cual se ha razonado y escrito poco acerca de los aspectos teóricos y metodológicos de la historia ambiental que se practica en América Latina.³ La reflexión, en la región como afuera, se ha dado alrededor de conceptos como el de naturaleza y su lugar en las ciencias sociales –en la antropología en particular–, y de la posición relativa de la historia ambiental con respecto a otras disciplinas. Muy ocasional ha sido el interés de las y los historiadores ambientales para la enseñanza de su campo, tema que en cambio mucho se discute en la academia anglosajona. Importante, pero todavía solitaria, ha sido la discusión de categorías conceptuales comunes y frecuentes en las latitudes latinoamericanas, como “Trópico”.⁴

¹ McNeill (2003).

² En el simposio citado, organizado por Fernando Ramírez y Mauricio Folchi en el marco del 51º Congreso Internacional de Americanistas, se presentaron 33 ponencias en 7 sesiones. Véase <www.historiaecologica.cl> (2004, abril 15). Se recogen algunos programas de cursos universitarios en la materia en la página *Historia ambiental de Colombia*. <<http://www.idea.unaedu.co/proyectos/histamb1/hisamb1.html>> (2004, abril 15).

³ Aplica aquí la distinción que subraya Castro Herrera (2000).

⁴ Flórez Malagón (2000), Folchi Donoso y Ramírez (2000) En parte accesible en <www.historiaecologica.cl/mate1.htm> (abril 15, 2004). Palacio (2002), Leal (2002), Ulloa (2002).

Quedan por abordar temas tan relevantes como la periodización —o el replanteamiento de la periodización tradicional— que la historia ambiental puede sugerir a la historia de América en general, la cuestión de la formación transdisciplinaria, el dilema de las fuentes y las propuestas en cuanto a la unidad de escala que la historia ambiental adopta.

De estos dos últimos capítulos del libro-por-escribir sobre teoría y método de la historia ambiental latinoamericana se ocupa el presente ensayo. Las fuentes —creemos— determinan en gran medida la originalidad de una investigación histórico-ambiental con respecto a otras perspectivas. De ellas, y del peculiar manejo que la historia ambiental les da, puede que dependa finalmente la misma justificación a existir para este campo del saber. Si la historia ambiental no ha de ser una mera solución cuantitativa a la multiplicación de sujetos históricos que la modernidad reclama, y no puede por lo tanto reducirse a la agregación de un ingrediente más —el medio ambiente— al panorama de los actores de la historia, es posiblemente de su material de construcción, las fuentes, que haya que partir para entender si efectivamente esto es posible y se está haciendo.

No se quiere sugerir la necesidad, y tampoco la oportunidad, de discriminar rígidamente la producción del conocimiento histórico-ambiental en base a sus fuentes. Pero sí se quiere sostener que en las fuentes y en las preguntas que las interrogan se reconoce la postura epistemológica del investigador frente al problema de la relación sociedad-naturaleza, y su propio interés y posición frente a ésta.

Además, siendo representaciones socio-históricas y culturales determinadas, las fuentes que los investigadores utilizan se expresan en un léxico que puede ser trasladado a otros contextos temporales y geográficos sólo con infinito cuidado y casi inevitable pérdida de información en el camino. William Cronon, en su ya clásico *Changes in the Land*, (Cronon 1983) recordaba, por ejemplo, la sensible diferencia de términos clasificatorios como *forest*, una definición común y frecuente en los archivos de la Inglaterra de la edad media, y que sin embargo significaba una categoría fiscal, y no una clasificación botánica. De allí que la historia ambiental debe elaborar soluciones metodológicas que le permitan superar los “obstáculos metodológicos persistentes” representados por clasificaciones históricas que no se doblan a las necesidades y costumbres clasificatorias del presente.⁵

Las reflexiones que siguen están sustentadas en el estudio de una selección bibliográfica operada según dos criterios: (1) considerando solamente los resultados de investigación empírica, entendiendo con esto los que estén basados en fuentes primarias e investigación en el campo; (2) analizando solamente los estudios de casos latinoamericanos, sin emprender una comparación con la literatura por cierto más abundante de otras áreas geográficas. Dicha operación sería sin duda estimulante y arrojaría sugerencias y planteamientos interesantes, pero se ha preferido aquí restringir el marco de análisis a los estudios de la región para extraer de ellos indicaciones útiles en cuanto a la concreta disponibilidad de fuentes en el marco latinoamericano.

Sin pretensiones de exhaustividad, el artículo discute, pues, en primer lugar la cuestión de cuál unidad de escala utiliza y propone la historia ambiental, y con cuáles consecuencias y desafíos. En segundo lugar, el ensayo explora las fuentes que las y los investigadores han utilizado, ordenándolas en una taxonomía tripartita: (1) las fuentes

⁵ Ilustrativa la discusión al respecto de Sluyter (2001), pp. 27-30.

escritas y visuales, (2) las fuentes orales, (3) la evidencia producida en trabajos de campo. La esperanza que motiva el artículo es contribuir a desatar un diálogo que pueda por un lado sugerir sendas empíricas a recorrer y por el otro lado aportar al debate teórico-metodológico de la historia ambiental.

1. Unidad de escala

No obstante su no joven edad y su corpulencia académica, la historia como disciplina sigue sufriendo de un síndrome de autoproyección como ciencia del tiempo, todavía poco cómoda con la dimensión –concreta y filosófica– del espacio. De allí que nos parezca todavía legítimo proponer una discusión, como la que sigue, alrededor de la categoría conceptual de *espacio* en la historiografía, a pesar de sonar repetitivo y sin duda poco novedoso a los especialistas de otras ciencias sociales.

Los espacios de la historia, entonces, son en la teoría ilimitados y difíciles de catalogar por tipos. Sin embargo, como había de anotar Foucault, las metáforas espaciales que las ciencias sociales adoptan son todas –excepto archipiélago– nociones jurídico-políticas: territorio, campo, dominio, región, hasta el mismo horizonte, que involucra una noción estratégica.⁶ Estados, departamentos, municipios, y las demás demarcaciones político-administrativas que la historiografía respeta y contribuye a eternizar, se definen desde luego a partir del reconocimiento de límites: nacionales, departamentales, municipales. Y el término *límite* lleva en su etimología la noción a la vez agresiva y defensiva de *limes*, la carretera militar fortificada que los antiguos romanos abrían en sus territorios de expansión y que luego se convertía en instrumento fundamental de reivindicación territorial y defensa de las provincias romanas de los ataques enemigos. En el étimo, pues, está inscrita la naturaleza profundamente política de la noción de “límite”.

De allí que a comienzos del siglo XX, el geógrafo anarquista Elisée Reclus escribiera: “No existen fronteras naturales en el sentido que le dan los patriotas (...) todos los límites construidos entre las naciones son obras del hombre y nada impide que sean movidos o cancelados”.⁷ La idea que la naturaleza dibuje fronteras que las comunidades humanas reconocen y utilizan para demarcar sus divisiones es deudora del período y las acciones formativas de los Estados nacionales. Braudel lo reconocía en el caso de Francia (pero con alusión general a Occidente), cuando afirmaba que la historia tiende a radicar las fronteras como si se tratara de elementos naturales que, una vez que aparecen, son incorporados en el espacio y es difícil removerlos.⁸ Con los Estados nacionales, la idea de frontera no solo se impone, sino toma forma de una línea precisa, un corte en la tierra que acompaña la presencia de una autoridad política centralizada.

Entonces, a pesar de que parezcan naturales y que el lenguaje común se refiera a ellos como *fronteras naturales*, ni ríos –por impetuosos que sean– ni cordilleras –por altas que se eleven– son de por sí “límites naturales”, porque la expresión es, más que contradictoria, como la considera Escobar,⁹ del todo ficticia. Es una autoridad política, y

⁶ Foucault (1980).

⁷ Reclus (1992).

⁸ Braudel (1986), p.303.

⁹ Escobar (1997), p.141.

no las fuerzas de la tierra o la calidad del agua, quien obra la alquimia milagrosa de transformar agua y suelo en fronteras, cristalizando en el espacio la relación de poder que caracteriza en ese momento a esa sociedad. El papel de la naturaleza es en cambio todo lo contrario: desdibujar las fronteras humanas incesantemente, como hace casi poéticamente en la cuenca amazónica, donde las fronteras nacionales de los países que la comparten se mueven en relación con la actividad de los ríos y la selva, volviendo un sin sentido la expresión "frontera natural".

Como nada de natural, y todo de político tienen las unidades espaciales a las que nuestra cultura acostumbra referirse cuando interpreta el pasado, es consecuente que la historiografía ambiental se muestre poco proclive a casarse con ellas. De hecho, uno de los aportes más interesantes de la literatura que estamos considerando es la redefinición de la escala espacial "normal" en la investigación histórica.¹⁰ No son estados ni departamentos ni municipios las unidades espaciales objeto de estudio de la historia ambiental, sino cuencas hidrográficas, bioregiones, agroecosistemas, áreas de difusión de plagas y enfermedades, selvas y zonas de contaminación atmosférica, bahías y montañas, páramos y sabanas, desiertos y mares,¹¹ es decir, espacios que desdeñan límites municipales, departamentales o nacionales y obligan al investigador al mismo menosprecio, so pena de perder las huellas de sus protagonistas.

La redefinición de la unidad de escala es la consecuencia lógica (a su vez cargada de implicaciones metodológicas y por lo tanto epistemológicas) de tres factores: (1) el cambio de perspectiva que la historia ambiental supone con respecto al lugar que los actores humanos ocupan en una historia re-conceptualizada para que quepa la Naturaleza como actor co-protagónico (socio cooperante, diría Bevilacqua¹²), (2) el tipo de fuentes que la investigación histórico-ambiental interroga, y (3) el género de preguntas que guían la pesquisa.

En cuanto al primero, no hay posición unívoca en la que las y los investigadores eco-históricos se reconozcan. Su perspectiva acerca del exacto papel que habría que asignar a naturaleza y sociedades humanas respectivamente en la historia varían desde un ecocentrismo en el cual los actores humanos ceden ampliamente el escenario a los actores no-humanos para (casi) desaparecer, hasta un autoproclamado antropocentrismo, como el de John McNeill, quien advierte a los lectores de su más reciente obra: "El libro es antropocéntrico (...) pasa por alto muchos cambios ecológicos por la sencilla razón de que tienen poco que ver con la historia humana".¹³

El denominador común, sin embargo, es lo que a la postre define la plataforma epistemológica —¿o debería decirse el "grito de dolores"?— de la historia ambiental por lo menos en América Latina:¹⁴ la reivindicación de un "replanteamiento crítico (...) que

¹⁰ Christian Brannstrom y esta autora exploran este punto en Brannstrom (2004).

¹¹ En el caso de islas que sean a la vez unidades políticas, las categorías geográfico-ambientales y jurídico-políticas evidentemente coinciden. Agradezco un comentario de Reinaldo Funes aclarando este punto.

¹² Bevilacqua (1996: 9-14).

¹³ McNeill (2003: 27).

¹⁴ Incluiríamos con alguna comodidad también la historia ambiental que se escribe en España e Italia, mientras en las demás regiones las posiciones son más diversificadas, como ilustra bien McNeill en su ya citado artículo.

restituya la unidad que nunca debió perderse entre el Género Humano y la Naturaleza”, y el abandono de esta separación artificial que ha llevado a “hacer una historia antropocéntrica basada en la idea hegeliana del progreso material, glorificadora del desarrollo tecnológico y de sus impulsores”.¹⁵

Partiendo de semejante postura, es evidente que las categorías políticas que tanta parte juegan en la escritura de la historia –por ejemplo imponiendo las periodizaciones (Conquista, Independencia, Guerras mundiales, etc.) y, como ya se ha notado, los espacios de análisis (virreinos, Estados, departamentos, municipios, etc.)– no pueden encontrar automática aceptación por parte de la historia ambiental. Habrá en cambio de ser comprobada su significación y validez en una representación del pasado (cual es toda historia) que aspira a una visión más integral y menos antropocéntrica. Los resultados pueden ser interesantes: la historia colonial de México central guiada no por las gestas de conquistadores e indígenas, sino por las etapas de invasión de ungulados y consiguiente compactación del suelo; la historia de Cuba moldeada no por los apetitos geopolíticos de España y Estados Unidos, sino por las dinámicas y los tiempos de conversión de la cobertura forestal en plantaciones azucareras.¹⁶

Aún así, desde luego que hay razones prácticas y teóricas para que la historia ambiental siga refiriéndose a las más tradicionales delimitaciones espaciales y temporales. Las motivaciones prácticas tiene que ver con las fuentes y sus lugares de conservación: los archivos, como las bibliotecas y las parroquias, tienen “jurisdicción” político-territorial, lo cual evidentemente condiciona al investigador a absorber casi por ósmosis esas mismas delimitaciones espaciales y temporales.¹⁷

Pero pueden haber además razones conceptuales para no abandonar los acostumbrados espacios de la historia, como el del Estado-nación. Es el caso de toda una línea de investigación que precisamente hace de la relación entre Estado, nación y naturaleza su problema historiográfico central. Un ejemplo ilustrativo y logrado es el estudio de Stuart McCook acerca de la compleja y poco estudiada relación entre la formación de las naciones latinoamericanas y el papel de los botánicos, agrónomos y naturalistas, y de sus representaciones de la naturaleza, sus prácticas científicas, y su rol en la mercantilización de la naturaleza “salvaje” tropical, pero también en la denuncia de su destrucción.¹⁸ La inquietud por la configuración de espacios político-territoriales (a raíz de cambios ambientales) que se volvieron significativos en la formación –concreta e imaginada– de la geografía nacional es otra razón pujante para aceptar la “dictadura” de las categorías políticas. Carlos Zárate toma este punto de vista para estudiar cómo la extracción de quina rediseñó el alto Caquetá-Putumayo dando vida a un nuevo espacio económico andino-amazónico.¹⁹ En este sentido, existe una amplia literatura que pone en relación la construcción de imaginarios geográficos y geografías físicas y humanas con el proceso de formación de los Estados-naciones latinoamericanos, y sus ideas de nación. Sin entrar en el resbaloso y posiblemente estéril debate del parentesco entre historia ambien-

¹⁵ González de Molina y Martínez Alier (1993), p. 12. Véase también González de Molina y Martínez Alier (2001).

¹⁶ Melville (1994). Funes Monzote 2004.

¹⁷ Agradezco un comentario de Claudia Leal que aclaró este punto.

¹⁸ McCook (2002). Véase también Aboites (1998); De Andrade Franco (2002).

¹⁹ Zárate Botía (2001).

tal y Geografía histórica, es evidente que este tipo de literatura mucho interesa a cualquier curioso de historia ambiental y legítimas investigaciones dirigidas a entender la dependencia mutua entre territorio, sociedad y Estado.

Lo que queremos sostener, por lo tanto, no es el ineluctable fin de las categorías jurídico-políticas (y en particular de la de Estado-nación) en la escritura de la historia ambiental de América Latina, sino el fin de su "dictadura metodológica" y asunción *a priori* como unidades "normales" de la investigación histórica. La historia ambiental las utiliza en la medida en que las relaciones entre categorías jurídico-políticas, sociedad y medio ambiente representan su específico objeto.

De tal postura epistemológica sigue que la tipología de fuentes interrogadas por la investigación ecohistórica y el tipo de preguntas que ésta les pone a los distintos testimonios del pasado ambiental —el segundo y tercer factores a los que nos referimos con anterioridad— contribuyen a alejar la historia ambiental de las tradicionales categorías político-jurídicas y a problematizar estas últimas. Porque si las fronteras administrativas y políticas, nacionales y parroquiales tienen poco sentido —a menos de demostrar lo contrario en cada caso— para la conceptualización que la historia ambiental adopta, menos aún lo tienen a la hora de indicar al investigador cuál evidencia empírica mejor resuelve sus inquietudes. Y si éstas no se deciden en la esfera de lo humano, sino que abarcan a la naturaleza en su sentido integral, las ciencias de la Tierra, con todo su bagaje metodológico y epistemológico, asumen un papel importante en el oficio de las historiadoras y los historiadores ambientales.

El resultado concreto es una sensible multiplicación y diversificación de la tipología de fuentes que sostienen este campo del saber y una renovación del tipo de interrogación que se les ponen a fuentes más tradicionales, con implicaciones sensibles en temas de formación de investigadores, costos de la investigación y posibilidades de ella en América Latina. La siguiente sección se encarga de analizar y tipificar las fuentes que se están utilizando en la historiografía ambiental de la región, reflexionando a la vez acerca de las "nuevas" preguntas que ésta pone a "viejas" fuentes de la historia. Se dejan a las conclusiones algunos apuntes acerca de las implicaciones mencionadas.

2. Una taxonomía de fuentes para la historia ambiental latinoamericana

Corriendo detrás de ríos, bahías, hongos y cebúes, la historiadora y el historiador ambiental por lo normal se ven obligados a seguir caminos tortuosos de búsqueda, persiguiendo los movimientos zigzagueantes de sus protagonistas sin detenerse frente a las aduanas porque allí no pararon ni microbios ni lombrices ni agentes pesticidas. Esto significa a menudo escarbar en archivos locales de centros menores, rastrear mediciones científicas que a veces reposan en instituciones de otros países como resultado de las peripecias de la geopolítica del conocimiento científico, y tamizar mapotecas insólitas y lejanas en búsqueda de una cartografía que a menudo era levantada en un continente pero publicada (y conservada) en otro. La diversidad y amplitud potencial de la evidencia empírica que sostiene la investigación histórico-ambiental pone, pues, en discusión la especialización disciplinar académica.

Hasta aquí, la parte normativa. Porque al analizar la tipología de fuentes utilizada por la literatura hasta el momento publicada, lo que emerge es sí una taxonomía —que

hemos clasificado en documentos escritos, fuentes orales y evidencia producida en trabajos de campo²⁰— pero también muy contados ejemplos en los que el/la autor/a efectivamente recurre a las tres categorías (por ejemplo fuentes de archivos, información ecológica obtenida en el campo, y recuperación de la memoria colectiva de los pobladores locales). Para quienes, como esta autora, confían en las virtudes de la historia ambiental como locomotora hacia la transdisciplinariedad y la superación del saber sectorializado, el resultado no es particularmente alentador. La matriz y formación disciplinar del investigador parecen dictar qué tipo de fuentes es seleccionada y cómo es utilizada, lo cual condiciona evidentemente el tipo de historia ambiental a escribir: cultural, política o material, como las clasificara recientemente McNeill.²¹ En tal sentido, el tema de la formación nuevamente a aparecer como central para las mismas posibilidades de existencia de la historia ambiental.

2.1 Evidencia escrita

Desde que el movimiento de *Annales* ha revolucionado la forma de hacer y escribir historia es difícil definir con alguna precisión qué es, y sobre todo qué no es una fuente. La historia social en los años 60 y 70, y más recientemente la Nueva historia cultural, a las cuales la historia ambiental latinoamericana es sensible, aunque no tan deudora como en otras latitudes, han considerablemente ampliado y complejizado un cajón de sastre que ya era bastante multiforme.²² Del abanico que la literatura reseñada muestra, muchas fuentes resultan conocidas a la investigación histórica, que sin embargo nunca las había interrogado con respecto a las relaciones entre la sociedad que las produjo, y conservó, y su medio ambiente.

Prensa

La prensa es un ejemplo dicente. La historia ambiental utiliza periódicos y revistas bien como fuente de información empírica sobre dinámicas ambientales en el pasado, bien como registro de los discursos públicos sobre la naturaleza y sus manifestaciones. Regina Horta, dedicada a estudiar el felliniano tema del circo, rastrea en la prensa parte de la evidencia que le sugiere cómo ha cambiado la representación de los animales en la sociedad brasileña (es decir, de la sociedad y la cultura de esa región con la fauna)(Horta Duarte 2002).²³ El ejemplo de Horta es sugerente además de cómo la historia ambiental reinterpreta temas “gloriosos” de la historiografía, como el circense en este caso, con lentes renovados por su interés por entender los modos, los tiempos y los intereses con los cuales se desarrolló la peculiar forma que las sociedades modernas tienen de relacionarse con sus medios.

²⁰ Se entiende por “trabajo de campo” la salida a terreno y posterior elaboración de datos e información levantada en laboratorios, que es metodología común en las ciencias naturales y sustancialmente extraña a las ciencias humanas, excepto en el caso de las entrevistas.

²¹ McNeill (2003).

²² Burke (1990). Acerca de la Nueva historia cultural en América Latina, véase el debate crítico en *Hispanic American Historical Review* (1999).

²³ Horta Duarte (2002).

Dado que muchas veces dicha forma ha sido destructivamente peculiar, lo que investigadores e investigadoras rastrean en la prensa de otras épocas —y en particular del siglo XIX y XX, por la cronología del crecimiento económico en América Latina— son las etapas de gestación del ideal desarrollista, que habría impulsado ese camino hacia la crisis ambiental.²⁴ Lo hace en parte Julio Carrizosa, encontrando referencias útiles a esta hipótesis historiográfica en un periódico regional colombiano de la década de 1870, donde bien se desvela la visión que la élite nacional tenía de la relación entre la deseada expansión del ferrocarril y la pérdida de cobertura arbórea que implicaba.²⁵

Los críticos podrían objetar que la prensa oficialista silencia las voces de la “gente corriente”, para recordar a Hobsbawm. Pero otros podrían recordar que algunos silencios pueden ser ruidosos y muy elocuentes,²⁶ como por ejemplo el silencio de las autoridades gubernamentales con ocasión de desastres naturales, que se convierte en un manifiesto de la relación triangular gobierno-sociedad-naturaleza. Un ejemplo útil en tal sentido viene del estudio de Oscar Horst, quien contrastando la información publicada en el gubernamental Diario de Centroamérica con los informes difundidos por la diplomacia británica, ha analizado el caso del curioso silenciador que el gobierno liberal guatemalteco puso a la prensa local, tratando de negar primero y minimizar luego los devastadores efectos del terrible terremoto y erupción volcánica que en pocos meses sacudieron al occidente de Guatemala en 1902.²⁷

Archivos de la administración central

Los archivos ministeriales y los documentos que los varios órganos de los gobiernos español primero y republicanos luego han producido a lo largo de su historia son evidentemente fuentes clásicas para la historiografía latinoamericana, y siguen siendo referencias importantes para la investigación eco-histórica.

Para la lectura ambiental de la “segunda conquista”, tema que absorbe un porcentaje significativo de la investigación histórico-ambiental en la región, frecuentes son las fuentes encontradas en ministerios de hacienda, agricultura, y departamentos de estadística.²⁸ Las *Memorias de censo agrícola*, por ejemplo, proporcionan a Funes los indicadores relativos a la extensión territorial que en el Camagüey cubano ocupaban fincas, áreas cultivadas, caminos, edificaciones, potreros, datos con los cuales el historiador puede documentar el cambio ambiental sufrido por esa parte de la isla a raíz de la expansión azucarera a comienzos del siglo XX.²⁹ A veces las estadísticas agrícolas y forestales, al detallar las especies vegetales registradas en los varios departamentos, pueden también dar indicios acerca del cambio de la composición vegetal de una región intervenida por el boom agroexportador de los s.XIX y XX, como en el caso de Guatemala del cual me ocupé.³⁰

²⁴ Véase Castro Herrera (1994).

²⁵ Carrizosa (2001).

²⁶ Por ejemplo, los silencios cartográficos: de su significado en la relación de poder que los mapas expresan habla Harley (1988).

²⁷ Horst (1995).

²⁸ La referencia a la “segunda conquista” viene de Topik y Wells (1998).

²⁹ Funes Monzote (2004).

³⁰ Gallini (2002: 278).

Puede también darse el caso de que la entera documentación de una dependencia ministerial sea pertinente para una investigación histórico-ambiental, porque la dependencia misma es el tema de interés. Tal es el caso de las instituciones estatales dedicadas a la administración de áreas protegidas –parques nacionales, biósferas, reservas– un capítulo fascinante, importante y del todo marginal en la actual historiografía ambiental latinoamericana, a diferencia de los demás continentes.³¹ Un ilustrativo ejemplo viene de las Memorias de la Dirección General de Parques Nacionales y Turismo de la República Argentina, que proporcionan a Eugenia Scarzanella la fuente principal para investigar la política de los parques nacionales en la primera mitad del s.XX en ese país, y con ello el papel que el paisaje jugó en la formación del imaginario nacional argentino.³²

Para la época colonial, los archivos de la administración española se vuelven insustituibles para la historia ambiental así como lo son para cualquier otra perspectiva de análisis. Las preguntas y el manejo sin embargo cambian. Elinor Melville, en su celebrado estudio de la conquista biológica del Nuevo Mundo, encuentra en los Ramos de Mercedes, Tierras, Hacienda, Indios, Congregaciones, entre otros, del Archivo General de la Nación de Ciudad de México la base empírica para calcular el área de conversión al pastoralismo y documentar el cambio ambiental ocurrido a raíz de la introducción de este sistema de uso de la tierra en el Bajío mexicano en el siglo XVI.

Su ejemplo es interesante y quizá insuperado no solamente porque muestra los resultados sorprendentes de la aplicación de métodos y perspectivas de las ciencias naturales a la historia –en este caso la irrupción de ungulados– y tampoco solamente porque reconstruye de forma sofisticada cómo cambios ecológicos y cambios sociales se asocian para lograr un resultado histórico. Para la finalidad de este ensayo, el trabajo de Melville es iluminante por su capacidad de mostrar cómo las preguntas nuevas de la historia ambiental extraen información novedosa aún de fuentes tradicionales para la historiografía. En los Ramos de Tierras y Hacienda, Melville no busca los mecanismos de expoliación de la población indígena, la avanzada de la tenencia de la tierra española, la mercantilización de los recursos, o la consolidación de un sistema de poderes coloniales, temas todos centrales e importantes en la historiografía que estos mismos archivos ha consultado, y a los cuales *Plaga de ovejas* –la obra de la autora– en todo caso aporta de forma novedosa. Los interrogantes de Melville tienen que ver con la intensidad de pastoreo, la distribución estacional de las ovejas, los indicadores de la ocurrencia de fenómenos erosivos y cambio de cobertura vegetal en aquellas tierras que para la autora son conceptualizadas como actores del cambio social, mientras que para otros investigadores fueron sencillamente un telón de fondo para las luchas por el poder y la acumulación de riqueza.³³

Archivos criminales y policiales

Los archivos de la administración central pueden inducir a un error de distorsión visual al sobre-enfatizar las actuaciones y la perspectiva del nivel central sobre las diná-

³¹ Hay excepciones: Evans (1999).

³² Scarzanella (2003). Véase también (1998), pp. 73-84.

³³ Melville (1999).

micas y las visiones locales, siendo normalmente los actores locales –y no los distantes ministros y gobernadores– quienes conocían, sufrían e interactuaban con el medio ambiente. Una corrección parcial al estrabismo propio de este tipo de fuente la ofrecen los archivos policiales, ya que a través del mecanismo de sanción pasaba la grabación de comportamientos sociales conflictivos con el modelo ideal de sociedad perseguido por los gobernantes. Pero, ¿qué tiene que ver un archivo de tal índole con la investigación ambiental?

La respuesta la sugiere el estudio de Christian Brannstrom, quien ha utilizado creativamente un archivo criminal para obtener la información relativa a los contratos laborales de los trabajadores cafeteros en el Estado de São Paulo en la primera mitad del s.XX, llegando a demostrar que precisamente las relaciones laborales incentivaron la rápida deforestación y expansión de plantaciones cafeteras.³⁴ Nuevamente, se trata de proponer nuevas preguntas –la relación entre trabajo y ambiente– a fuentes notorias –los archivos criminales– arrojando así resultados sugerentes no sólo para la historia ambiental, sino para un replanteamiento historiográfico más general. Camino parecido recorre Steve Marquardt, quien se apoya en evidencia extraída de archivos judiciales de Costa Rica para documentar los conflictos entre trabajadores y United Fruit Company (UFCO) en su gran campaña de aspersión de pesticidas en las plantaciones bananeras de ese país para controlar la epidemia de saratoga entre 1928 y 1962.³⁵

Archivos de multinacionales y fundaciones “filantrópicas”

Los archivos, donde existen y en la medida en la cual son accesibles, de las grandes corporaciones que impulsaron las plantaciones y la extracción a gran escala en América Latina son una fuente de excepcional riqueza que historiadoras e historiadores económicos y políticos han excavado con cuidado y significativa cosecha. La misma importancia la tienen para la investigación eco-histórica, y nuevamente el caso de *el pulpo*, como era conocida la UFCO en América Central, es ilustrativo.

John Soluri ha estudiado con rigor y originalidad el archivo y la literatura técnica de la United Fruit Company y con ello ha escrito una historia socio-ambiental que no solamente explica la extraña y aparentemente paradójica práctica de “plantaciones itinerantes” (*shifting plantations*) en las tierras hondureñas dominadas por la empresa-Estado, cual fue la UFCO en toda América Central y en el norte de Sudamérica. De forma convincente y sugerente para otros casos no solo latinoamericanos, el estudio de Soluri también conecta los gustos y las preferencias estéticas de los compradores (sobre todo norteamericanos, en el caso de las bananas hondureñas) en el país de destino de los productos con la selección de cultivos y las transformaciones ecosistémicas en los países productores, dando además peculiar dimensión empírica e histórica a la dicotomía global-local, categoría tan abusada en todo discurso ambiental como poco entendida en sus dinámicas históricas.³⁶

³⁴ Brannstrom (2000).

³⁵ Marquardt (2001).

³⁶ Soluri (2000). Soluri (2002). Marquardt (2001).

Si en la categoría de grandes corporaciones con intereses y escenarios de acción mundiales se incluyen a las fundaciones filantrópicas que durante el siglo XX se embarcaron en proyectos de largo alcance en América Latina en los campos agrícola, energético, de la salud y la alimentación, como las fundaciones Ford y Rockefeller, entonces también los archivos centrales y locales de estas importantes instituciones deberían figurar en el mapa de las fuentes privilegiadas para una historia ambiental de la región.

La obvia dificultad para quien investiga desde América Latina la representa el hecho que las depositarias de los archivos de las multinacionales más activas e involucradas en cambios ambientales en la región son a menudo (aunque con importantes excepciones) las prestigiosas bibliotecas universitarias norteamericanas, a miles de kilómetros y dólares de distancia de los centros de investigación latinoamericanos. Sin embargo, en varios casos las empresas también mantenían archivos locales, y allí se conservan importantes fondos documentales relevantes para las actividades en la zona.

Las fuentes diplomáticas

Una herencia ciertamente positiva de los muy distintos imperialismo británico y norteamericano que se sucedieron en América Latina en los siglos XIX y XX consiste en la disponibilidad de fuentes históricas que precisamente gracias a la relación imperial se produjeron y acumularon durante décadas. La correspondencia consular del Foreign Office británico y la de varias oficinas del aparato gubernamental norteamericano involucradas en la economía y la política latinoamericanas proporcionan evidencia valiosa, entre otras razones porque a menudo cubren áreas y períodos que no cuentan con la información homóloga de producción estatal latinoamericana.

En 1875, por ejemplo, la Comisión de su majestad británica para madera y bosques circuló entre sus representantes diplomáticos, esparcidos a lo ancho y largo del mundo, un cuestionario de quince preguntas, que expresaban la preocupación de la entonces mayor potencia industrial y naval en el mundo por la disminución de grandes árboles para la industria naval y la construcción. El cuestionario preguntaba por las especies madereras producidas en el país, su propiedad pública o privada, la extensión de las áreas madereras y si se consideraban en disminución o aumento, las causas de la eventual disminución, las políticas de conservación y repoblamiento, la tasa prudente de tala sin perjudicar el bosque, la proporción para exportación y el porcentaje para consumo de la tala actual, la estadística de exportación de madera de los últimos diez años, y finalmente la evidencia de algún tipo de relación entre deforestación y cambio climático, lluvias o inundaciones. De haber respondido todos los cónsules británicos que la Reina Victoria mantenía en ese momento en los cinco continentes, tendríamos un mapa confiable del estado de los recursos forestales mundiales a comienzos de la era de gran expansión del comercio internacional. Las respuestas en cambio solo fueron doce, en su mayoría desde Europa. Para América Latina solamente entregaron los cuestionarios los diplomáticos de Brasil, Cuba y Honduras.³⁷

³⁷ Foreign Office (1875).

La correspondencia consular y en general los archivos y documentos estatales de Estados Unidos son igualmente fuentes cruciales, cuya accesibilidad para la consulta está garantizada por mecanismos legales que no encuentran comparaciones en América Latina y tampoco en Europa. Los Servicios de Agricultura extranjera del Departamentos de Agricultura, el Bureau de Comercio Exterior de Departamento de Comercio, y por supuesto el Departamento de Estado aparecen por ejemplo en el largo listado de referencias del detallado trabajo de Richard Tucker que relaciona la degradación de los ecosistemas tropicales con los apetitos estadounidenses.³⁸

Viajeros

Una fuente intuitivamente importante para la historia ambiental de América Latina y que de hecho constituye un punto de partida común para los investigadores son los diarios de los numerosos viajeros y viajeras, extranjeros y nacionales, casi siempre jóvenes y curiosos, que recorrieron regiones amplias o pequeñas del continente, pero siempre dejando en el camino información valiosa sobre el paisaje, los usos locales de los recursos, los cambios ambientales, los eventos catastróficos, los conflictos por el control del territorio y sus frutos, entre otros temas. Nuevamente, se trata de una fuente tradicional, interrogada con preguntas nuevas que a la historiografía ambiental ha proporcionado evidencias de distinta índole. A Mauricio Folchi le ha brindado la información suficiente para establecer el escenario inicial (la *baseline*) de la cobertura forestal de la región Norte Chico en Chile, para luego poder determinar con alguna precisión la conexión entre desarrollo de la industria extractiva del cobre y deforestación.³⁹ En este sentido, las narraciones de personas que fueron atentas y atentos observadores de los ecosistemas que visitaban suplen la falta de datos hidrometeorológicos, forestales, botánicos, pluviométricos, geológicos y morfológicos que es característica en muchas regiones latinoamericanas.

Pero las autoras y autores de tales informes llevaban consigo también sus propios lentes interpretativos de los paisajes que describían, sus expectativas de "lo tropical", lo "salvaje", lo "natural".⁴⁰ Entonces, en vez de extraer de sus narraciones datos empíricos inevitablemente marcados por la subjetividad, una parte de la historiografía prefiere exaltar precisamente la relatividad de estas fuentes y utilizarlas para desentrañar las dinámicas de construcción de los "discursos" sobre la naturaleza americana que las narraciones de viajeros representaban y contribuían a forjar.

Fuentes legislativas

El cuerpo legislativo es finalmente una fuente importante y clásica para el estudio de las sociedades pasadas. La historia ambiental intenta rastrear en leyes, reglamentos y decretos los prolegómenos de las políticas de conservación, prevención de desastres,

³⁸ Tucker (2000).

³⁹ Folchi Donoso (2001).

⁴⁰ Siempre útil en esta perspectiva la lectura de Said (1978), Pérez Mejía (2002). La literatura sobre el tema es amplia y abarca distintas miradas. En el sentido de la historia ambiental, véase Arnold (2000), Coates (1998).

sensibilización ambiental, educación a la sostenibilidad, organización de movimientos y partidos ambientalistas, existencia y solución de conflictos ambientales, entre otros temas. Lo hacen Sterling Evans en su historia de la “república verde” de Costa Rica, y Lucena y Urteaga en su estudio acerca de la política ilustrada de gestión del bosque en las colonias hispanoamericanas.⁴¹

Si el anacronismo es una espada de Damocles sobre la cabeza de cualquier investigador de sociedades pasadas, las fuentes jurídicas latinoamericanas nos parecen pródigas de un peligro aún mayor cuando de ellas se esperan respuestas directas. A manera de ejemplo, podríamos referirnos a la tentación de atribuir significado ambientalista a una ley que, en pleno auge agroexportador, decretara la importancia de la preservación de las especies de tronco largo. Lejos de ser una prueba directa de protoconservacionismo, la norma en cuestión debería ser más bien interrogada por las razones que la motivaron, los actores que la propusieron y los que la impugnaron, las visiones del mundo que expresa y los intereses que protege, las relaciones de poder que cristalizaba, el estado de los recursos que aparentemente buscaba proteger y la percepción de estos. Una fuente jurídica finalmente es la codificación de un complejo sistema de relaciones de poder y de visiones de la naturaleza, cultural e históricamente construido, que el investigador debería desentrañar.⁴² El énfasis legalista —es decir la tendencia a utilizar leyes de contenido ambiental— desconoce además la variedad de formas con las cuales varios grupos sociales han expresado sus preocupaciones ambientales. Al desconocer tal variedad, se corre el riesgo de edificar una visión monolítica e institucionalista de la relación sociedad-naturaleza, que refleja la posición de poder de los que la fabricaron. Y en países, como los latinoamericanos, en los cuales la legislación raras veces es el producto pactado de intereses sociales conflictivos, la visión no es solamente monolítica sino también, por lo normal, excluyente.

Literatura técnica y científica

Se ha comentado hasta aquí acerca de una serie de fuentes tradicionales en el maletín de herramientas de la investigación histórica. Pero en la revisión que ha motivado este ensayo se han encontrado también otra clase de referencias que son insólitas en trabajos de historia: artículos científicos sobre depósitos ácidos en una ciudad y procesos de eutrofización de mares y ríos, ponencias presentadas en conferencias sobre la degradación química de los suelos tropicales, estudios estadísticos de la contaminación aceitosa de franjas costeras y sus aguas, boletines informativos de institutos científicos. En la bibliografía de la obra de Warren Dean sobre la explotación cauchera en Brasil, además de los archivos de instituciones científicas brasileñas, relaciones de viajeros, informes consulares y catálogos de productos llevados a las exposiciones universales, aparecen también revistas de botánica, manuales de agricultura tropical, publicaciones de arboricultura, y una impresionante serie de otras fuentes técnicas o científicas, que constituyen la base que permite al historiador expli-

⁴¹ Evans (1999), Lucena Giraldo y Urteaga (1991).

⁴² Otras consideraciones en Gallini (2002).

car cuáles fueron las razones ambientales para la pérdida del monopolio brasileño en la producción de caucho a comienzos del siglo XX.⁴³

De esta literatura técnica y científica la investigación ecohistórica se sirve en búsqueda de evidencia empírica para documentar cambios ambientales ocurridos en el pasado, pero también espera encontrar nuevos paradigmas interpretativos, conceptos y categorías analíticas. Aunque en América Latina no ha inspirado muchas aplicaciones empíricas, la metodología del cálculo de flujos de energía es un ejemplo ilustrativo, y que la historia ambiental española en cambio ha exitosamente empleado para releer los antiguos sistemas agrarios, reflexionar acerca de las raíces históricas de la crisis agroecológica moderna, y sugerir concretos caminos de sostenibilidad.⁴⁴ De la artillería conceptual de la biología, Melville ha utilizado eficazmente la idea de “irrupción de ungulados” para reinterpretar ecológicamente el tema de la introducción del sistema agropecuario español en México central, en su estudio ya citado. Reinaldo Funes, como muchos de los que se ocupan de cuestiones epidémicas, se ha apoyado en las nociones de propagación de organismos conocidos por biólogos y científicos naturales, para entender la difusión de la plaga del marabú, una de las numerosas plantas invasoras que acompañaron e intensificaron el cambio ambiental asociado a la agricultura de plantación y ganadería cubana.⁴⁵ Del concepto de ecosistema aprendido de la ecología se embebe toda la literatura a la cual estamos haciendo mención, pero algunos estudios además lo utilizan como herramienta operativa, por ejemplo para interpretar y medir el cambio ambiental vivido por un país, como es el caso de Germán Márquez para Colombia.⁴⁶

Material gráfico y fuentes visuales

Una categoría de fuentes que mucho proporciona a la historia ambiental, pero que posiblemente podría ser explotada de forma más sofisticada de lo que ha sido en campo latinoamericano, son las fuentes visuales, como mapas, pinturas, acuarelas, esculturas, fotografías, videos, documentales y representaciones figurativas en general.

Cuando no se sirve de ellas como meras ilustraciones, la historia ambiental las utiliza de tres maneras: como fuentes de información sobre el medio ambiente (o la relación de la sociedad con su medio) en el pasado, como herramienta para visualizar las dinámicas que el investigador reconstruye acerca del pasado, y como dispositivos culturales.

En el primer sentido recaen por ejemplo las fotografías aéreas cuya observación y comparación tantas veces permiten el “descubrimiento” de los cambios de cobertura forestal y transformaciones ecosistémicas en general. Otro ejemplo son las imágenes de las obras de desecación en el lago de Chalco (México) en 1890, proveen a Alejandro Tortolero información importante sobre la mecánica y la participación en término de trabajo a dichas transformaciones estructurales de la tierra y el agua mexicanas.⁴⁷

⁴³ Dean (1987). Dean (1995).

⁴⁴ González de Molina y Martínez Alier (2001).

⁴⁵ Funes Monzote (2001).

⁴⁶ Márquez (2001).

⁴⁷ Tortolero (2000).

Pero las historiadoras e historiadores ambientales también producen información espacial referida al pasado, que a menudo visualizan en forma de mapas, por ejemplo utilizando el poderoso e inquietante Sistema de Información Geográfico (SIG).⁴⁸ Lo hace por ejemplo Claudia Leal, en su estudio de la industria maderera en el Pacífico colombiano, para reconstruir la ubicación de los aserríos en la costa pacífica en 1962 y 1966, y compararla con la situación de 1986-88. (Leal y Restrepo 2003) Y lo hace Andrew Sluyter para estudiar y mostrar la distribución de mercedes de tierras para estancias de ganado mayor y menor en Veracruz en el siglo XVI.⁴⁹

En cuanto a las fuentes visuales como dispositivos culturales, la historia cultural y en general los estudios culturales hacen evidentemente de ellas un pilar de sus indagaciones, porque en su poder representativo informan a la vez acerca del representado y del representante. En los países, como los de América Latina, donde las tradicionales fuentes escritas poco representan a la mayoría de la población, las fuentes visuales tienen un potencial interesante para dar voz a los actores marginales de la historia. Aunque no incluye a los paisajes latinoamericanos, como ejemplo del uso creativo que la historia ambiental puede hacer de esta tipología de fuentes, no podemos evitar de referirnos al magnífico *Landscape and Memory* de Simon Schama, una refinada excursión por altas cimas, lagos, ríos y volcanes en sus significaciones para la memoria y la cultura occidental.⁵⁰ En cambio, es de gran sugerencia para América Latina el trabajo en que Mauricio Nieto, estudiando los mecanismos de apropiación colonial de la naturaleza tropical por parte de la ciencia española, se sirve de forma latouriana de las estilizaciones botánicas del expedicionario José Celestino Mutis.⁵¹ En la misma perspectiva, y para una historia de naturaleza y nacionalismo latinoamericano que está en búsqueda de un autor, quizá sería interesante estudiar la plétora de aves, volcanes, hierbas y animales que aparecen en la mayoría de los escudos nacionales.

2.2 La memoria oral

Ahora que la historia oral nos ha liberado de la cuestión-*cul-de-sac* de la veridicidad-falsedad de las fuentes orales, aclarando que la memoria humana es, por su naturaleza, felizmente selectiva y que la importancia de las fuentes orales reside en su subjetividad y no en su pretendida capacidad de «fotografiar» episodios del pasado con fidelidad mecánica,⁵² los historiadores ambientales deberían sentirse en libertad para recurrir a estas fuentes, por ejemplo, para entender cómo han cambiado, y por qué, las ideas que las sociedades latinoamericanas, urbanas y rurales, campesinas e industrialistas, han tenido en este siglo de la contaminación, del tráfico, de los paseos dominicales, del agua envasada, de la selva, del venado, de los recicladores de basura, de los parques, de las perforaciones petroleras, del cultivo de coca, del ferrocarril, de las plantas medicinales y de otros centenares de temas que tienen alguna significación para la historia ambiental de la región.

⁴⁸ Sobre SIG, véase Piper (2002).

⁴⁹ Leal y Restrepo (2003), Sluyter (2001: 26).

⁵⁰ Schama (1995).

⁵¹ Nieto Olarte (2000). El calificativo de 'latouriano' es por referencia a Latour (1987).

⁵² El debate sobre la historia oral es amplio. Por su fácil acceso, véase Portelli (s.d.).

Si se considera que los mayores cambios ambientales en América Latina han ocurrido después de los años 1950s, y que los «pioneros» del ambientalismo latinoamericano están posiblemente en vida, a nadie escaparán las enormes posibilidades de las fuentes orales para contribuir a entender esta historia reciente.

Lo han entendido los autores de un volumen colombiano que se propone como un primer intento para reconstruir los pasos iniciales del movimiento ambiental en este país. El resultado, más que «Aportes para una historia del movimiento ambiental en Colombia» como enuncia el subtítulo, es una interesante recopilación de memorias sin duda indispensable para reconstruir el camino difícil que un grupo de colombianos emprendió desde la segunda mitad de los años 1970.⁵³

Quizá este sea el campo adecuado para proponer un proyecto de cooperación académica regional con el objetivo de conformar un «Archivo de fuentes orales para la historia ambiental latinoamericana». En la región han operado una serie (finita) de personajes que, por su profesión, experiencia o producción documental, representan fuentes importantes para la historia ambiental contemporánea latinoamericana: geógrafos, ambientalistas, antropólogos, pensadores, líderes comunitarios, ingenieros cuya actividad y obra han marcado etapas importantes a nivel regional en las cuestiones ambientales. Sería pensable pues un proyecto de investigación que seleccionara algunos nombres y organizar un archivo electrónico y compartido en el cual depositar entrevistas y material documental.

La historia del movimiento ambiental no sería la única beneficiaria. A partir de los años 1930 y 40 varias regiones de América Latina fueron objeto de trabajos de campo de antropólogos y etnógrafos. El legado de estas primeras investigaciones son algunos fondos documentales ahora depositados en bibliotecas o archivos nacionales en América Latina y Estados Unidos que conservan diarios y grabaciones de entrevistas, que capturan la memoria y elementos de la cultura popular acerca de temas como etnobotánica, sistemas de uso de la tierra, datos sobre dieta y preparación de alimentos, percepción del territorio y de los recursos naturales, entre otros. En este sentido más amplio, un Archivo oral para la historia ambiental de América Latina nos parece como un proyecto posible y urgente.

2.3. Evidencia de campo

En la sectorialización de las disciplinas que caracteriza la organización del conocimiento en Occidente, el oficio de historiador/a es típicamente sedentario y enceldado en cubículos de bibliotecas, archivos por definición polvorientos, y estudios angostos. Si la historia que se lee, como denunciaba hace años Donald Worster, es desodorizada y empacada al vacío para que tenga la relación más remota posible con la naturaleza que finalmente está detrás de la política, el orden social y la vida económica de nuestras sociedades, lo es en parte porque la investigación histórica no contempla una necesaria relación directa con los ambientes que produjeron esa historia.⁵⁴ El caso es distinto para otros campos del saber, cuyos adeptos acostumbran incluir la práctica de los trabajos de

⁵³ Palacio (1997).

⁵⁴ Worster (1996).

campo como parte de la rutina profesional y como forma para complementar o contrastar los datos levantados con otros métodos. De la hibridación con estas disciplinas, la historia ambiental aprende por lo tanto a "salir a terreno" en búsqueda de la evidencia empírica que los archivos y la memoria de los testigos no pueden producir, o de la corroboración de una evidencia que archivos y recuerdos expresan de forma naturalmente distinta.

Como se comentaba al comienzo del texto, los ejemplos vienen, no por una casualidad, casi todos de autores con formación y práctica en Geografía. David Watts, por ejemplo, analiza en el campo el origen de varias especies de hierbas para medir los choques ecosistémicos seguidos a la Conquista (entre 1492 y 1542) y a la introducción y expansión de las estancias azucareras después de 1645.⁵⁵ William Denevan fundamenta sus importantes contribuciones acerca de la falacia del mito que sostiene la idea de una América despoblada y virgen antes de 1492 (el mito prístino) en su amplia experiencia de trabajo en el campo recolectando evidencias de agricultura prehispánica, fotografiando terrazas incas, reconociendo huellas de antiguos caminos, analizando el contenido antrópico de suelos supuestamente no intervenidos.⁵⁶ Técnicas similares utilizan Gade y Whitmore y Turner para entender la complejidad de los paisajes mesoamericano y andino antes y después de la Conquista, y Alfred Siemmens nuevamente para el caso de la ecología novohispana.⁵⁷

3. Conclusiones

La breve reseña en la cual se fundamenta este ensayo sugiere algunas reflexiones generales. En primer lugar, las fuentes escritas, aún en su enorme variedad, se muestran a menudo insuficientes a la hora de dibujar con alguna precisión la *baseline* respecto a la cual se entiende comparar una situación ecosistémica posterior, y aún más cuando se busca cuantificar la magnitud y las formas del cambio ambiental, inquietud que siempre –nos parece– mueve el interés de la investigación histórico-ambiental. Un análisis de suelo, un estudio de la sedimentación de un río, una medición del contenido de radiocarbonio, pueden a veces ayudar al historiador a reconstruir con alguna aproximación las etapas de transformación ecosistémica que ningún diario de viajero, informe de ingeniero, ni tabulación estadística ha rastreado, tal vez porque la región en objeto ha entrado al mundo de las mediciones estadísticas en épocas más recientes de la enfocada, o sencillamente porque la documentación que en algún momento existía no se ha conservado.

¿Quiere esto decir que el historiador debe ser también paleoecólogo, geólogo, geógrafo, cartógrafo, limnólogo, botánico, ecólogo, meteorólogo, biólogo marino y terrestre? Fernand Braudel y sus colegas de la primera generación de *Annales* exhortaba a que así

⁵⁵ Watts (1995).

⁵⁶ Denevan (1992).

⁵⁷ Whitmore y Turner (1992), Siemmens (1999).

⁵⁸ El proyecto *HACAL - Historia Ambiental de Colombia y América Latina*, desarrollado en el período 2002-03 entre el Departamento de Historia y el Instituto de Estudios Ambientales de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, ha sido un intento en este sentido.

fuera. Sin embargo, considerado el grado de sofisticación y la complejidad técnica y conceptual de las ciencias naturales nombradas, es improbable que el deseo de Braudel se pueda realizar. Lo que no es imposible es, por un lado, que quien considere practicar la historia ambiental desarrolle sensibilidad y capacidad suficientes para acceder a los resultados científicos de las ciencias naturales y a la comunicación con sus practicantes. Por otro lado, nos parece además posible y deseable que la dificultad se supere a través de una cooperación estrecha entre practicantes de las varias disciplinas, en un diálogo que, en espacios académicos adecuados, puede ser factible y sería provechoso no solamente para la historia ambiental sino para las mismas ciencias naturales.⁵⁸

La segunda reflexión general descende de la proposición anterior y se bifurca a su vez hacia dos direcciones. Por un lado, la evidencia que las ciencias naturales y la geografía generan en sus trabajos de campo tiene alcance también limitado y difícilmente puede fundamentar por sí sola un análisis con pretensiones de historia ambiental. Aunque útiles para establecer los parámetros de cambio ambiental, los datos adquiridos en el campo (o desde el aire, como las fotografías aéreas) son normalmente poco o nada elocuentes en cuanto a las causas sociales, económicas y políticas que concurren a producir esos cambios. Por esta razón, el más tradicional trabajo de excavaciones en archivos y bibliotecas, entrevistas y recolección de imágenes, es necesario.

Por otro lado, es importante contrarrestar la tendencia casi natural de parte de los científicos sociales a tejer una relación romántica con las ciencias naturales, sus métodos, resultados y paradigmas. Desde final de la segunda guerra mundial y en la lógica de la guerra fría, las disciplinas científicas (la física ante todo) ocuparon el centro del escenario de la producción del conocimiento. En los años 70 las ciencias naturales participaron de este protagonismo al imponer su propia autoridad en la definición del campo y del lenguaje ambiental, y en la socialización de lo que sería «científicamente correcto» identificar como «naturaleza», o medio ambiente, o ecológico.⁵⁹ Ahora, la ciencia ecológica, la geología, la biología, y las demás ciencias naturales, como lo muestran los estudios sociales de la ciencia, tienen su propia historia, que es intensamente social y política. Esto implica que, a la hora de utilizar las afirmaciones de un meteorólogo acerca de las evidencias de cambio climático, o fundamentar en las mediciones de un ecólogo forestal un estudio acerca del proceso de deforestación, los investigadores y las investigadoras eco-históricas deberían ser conscientes de que abordan unas fuentes cargadas de relaciones de poder, de identidades de clase, género y etnia, de preferencias políticas y condiciones desiguales de acceso a la investigación, entre otras variables. La contraposición entre evidencia científica y evidencia histórica, o social, no parece, pues, ni útil ni necesaria.

Y finalmente, en cuanto al desafío a las tradicionales unidades de escala jurídico-políticas del cual el ensayo ha tratado en sus primeras páginas, vale decir que las consecuencias metodológicas han sido, en la literatura, dobles. En mi propia experiencia con la historia de la expansión cafetera en Guatemala en la segunda mitad del siglo XIX, la mirada histórico-ambiental lleva a un matrimonio semi-obligado con la historia regional y la microhistoria. En otros autores el impulso ha funcionado en el sentido opuesto: no a

⁵⁹ Agradezco a Daniel Carrillo, co-investigador del proyecto HACAL en la Universidad Nacional (2002), a quien debo estas consideraciones.

reducir la escala geográfica, sino a ensancharla hacia dimensiones globales, como en los conocidos estudios de Alfred Crosby.

En ambos casos, esto representa un desafío importante para una historiografía tan centralista y estatalista como la latinoamericana, y una posibilidad de abrir el campo a historias alternativas, más incluyentes y localizadas. Lo cual también demuestra que cualquier metodología es, a la vez, epistemología.

Bibliografía

Aboites, Luis

1998 **El agua de la nación : una historia política de México, (1888-1946)**, México, D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Arnold, David

2000 **La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa**. México, Fondo de Cultura Económica.

Bevilacqua, Piero

1996 **Tra natura e storia: ambiente, economie, risorse in Italia**. Roma, Donzelli.

Brannstrom, Christian y Stefania Gallini

2004 "An Introduction to Latin American Environmental History," en C. Brannstrom (ed.), **Territories, Commodities and Knowledges: Latin American Environmental History in the Nineteenth and Twentieth Century**. London, ILAS.

Brannstrom, Christian

2000 "Coffee Labor Regime and Deforestation on a Brazilian Frontier, 1915-1965," **Economic Geography** 76. pp. 326-46.

Braudel, Fernand

1986 **L'identité de la France**. París, Flammarion.

Burke, Peter

1990 **The French Historical Revolution: the Annales School, 1929-89**, Stanford, Calif., Stanford University Press.

Carrizosa, Julio

2001 "Vías de comunicación y cobertura arbórea," en G. Palacio (ed.), **Naturaleza en disputa**, Bogotá, ICANH/Universidad Nacional de Colombia/Colciencias. pp. 173-218.

Castro Herrera, Guillermo

2004 "Environmental History (Made) in Latin America" en <<http://www2.h-net.msu.edu/~environ/historiography/latinam.htm>> [abril 15, 2004].

1994 **Trabajos de ajuste y combate: naturaleza y sociedad en la historia de América Latina**, Bogotá, Casa de las Américas/Colcultura.

- Coates, Peter
1998 **Nature: Western Attitudes since Ancient Times**, Berkeley, Univ. of California Press.
- Cronon, William
1983 **Changes in the land: Indians, colonists, and the ecology of New England**, New York, Hill and Wang.
- Crosby, Alfred W.
1988 **Imperialismo ecológico**, Barcelona, Crítica.
- 1991 [1972] **El intercambio transoceánico: consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492**, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- De Andrade Franco, J.L.
2002 "A Primeira Conferencia Brasileira de Proteção à Natureza e a questão da Identidade Nacional", **Varia Historia**, no. 26, pp. 77-96.
- Dean, Warren
1987 **Brazil and the Struggle for Rubber: a Study in Environmental History**, Cambridge, New York, Cambridge University Press.
- 1995 **With Broadax and Firebrand: the Destruction of the Brazilian Atlantic Forest**, Berkeley, University of California Press.
- Denevan, William
1992 "The Pristine Myth: the Landscape of the Americas in 1492", **Annals of the Association of American Geographer** 82, n° 3, pp. 369-85.
- Escobar, Renato
1997 **Metamorfosi della paura**, Bologna, Il Mulino.
- Evans, Sterling
1999 **The Green Republic: a Conservation History of Costa Rica**, Austin, University of Texas Press.
- Flórez Malagón, Alberto (ed.)
2000 **El campo de la historia ambiental: perspectivas para su desarrollo en Colombia**, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana/IDEADE.
- Folchi Donoso, Mauricio y Fernando Ramírez (eds.)
2000 **El Medio Ambiente en la enseñanza de la historia y las Ciencias Sociales**, Santiago, Universidad de Chile.
- Folchi Donoso, Mauricio
2001 "La insustentabilidad de la industria de cobre en Chile : los hornos y los bosques durante el siglo XIX", **Mapocho** 49, pp. 149-175.
- Foreign Office (Gran Bretaña)
1875 **Reports Respecting the Production and Consumption of Timber in Foreign Countries**, London, Public Record Office.
- Foucault, Michel
1980 "Questions on Geography," en M. Foucault y C. Gordon, **Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977**, New York, Pantheon Books.

Funes Monzote, Reinaldo

2001 "El fin de los bosques y la plaga del marabú en Cuba. Historia de una 'venganza ecológica'," *Ilé* (Cuba) 1, no. 1, pp. 71-89.

2004 **De Bosque a Sabana. Azúcar, deforestación y medioambiente en Cuba, 1492-1926**, México D.F., Siglo XXI.

Gallini, Stefania

2002 "Invitación a la historia ambiental", en **Cuadernos digitales** 6, no.18 <<http://ns.fcs.ucr.ac.cr/~historia/cuadernos/c18-his.html>> (2004, abril 15).

2002 «La rivoluzione del caffè in un agrosistema maya, Guatemala 1830-1902: una storia ambientale», Tesis de Doctorado (Historia de América), Università degli Studi di Genova.

González de Molina, Manuel y Joan Martínez Alier (eds.)

2001 **Naturaleza transformada: estudios de historia ambiental en España**. Barcelona, Icaria.

1993 «Historia y Ecología», *Ayer* 11.

Harley, John Brian

1988 «Silencies and Secrecy: the Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe», *Imago Mundi* 40, pp. 57-76.

Hispanic American Historical Review 79 (1999).

Horst, Oscar

1995 «1902, año de caos: el impacto político y socioeconómico de las catástrofes naturales en Guatemala», *Mesoamérica* 30, pp. 309-26.

Horta Duarte, Regina (coord.)

2002 «Dossie: História e natureza», **Varia Historia** 26.

Horta Duarte, Regina

2002 «Cavalinhos, leões e outros bichos: o circo e os animais», **Varia Historia** 26, pp. 97-106.

Latour, Bruno

1987 **Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers Through Society**, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Leal, Claudia y Eduardo Restrepo

2003 **Unos bosques sembrados de aserrío: historia de la extracción maderera en el Pacífico colombiano**, Medellín, Universidad de Antioquia. Colciencias, ICANH, Universidad Nacional sede Medellín.

Leal, Claudia

2002 «La naturaleza en los estudios sociales» en G. Palacio y A. Ulloa (eds.), **Repensando la naturaleza**. Bogotá, ICANH/Colciencias.

Lucena Giraldo, Manuel y L. Urteaga (eds.)

1991 **El bosque ilustrado: estudios sobre la política forestal española en América**, Madrid, Inst. Nacional para la Conservación de la Naturaleza, Inst.de la Ingeniera de España.

Marquardt, Steve

2001 «Green Havoc: Panama Disease, Environmental Change, and Labor Process in the Central American Banana Industry», **American Historical Review** 106, no. 1, pp. 49-80.

- 2001 «Pesticides, Parakeets, and Unions in the Costa Rican Banana Industry, 1938-1962», **Latin American Research Review** 37, n° 2, pp. 3-36.
- Márquez, Germán
2001 «La transformación de ecosistemas en Colombia» en G. Palacio (ed.), **Naturaleza en disputa**, Bogotá, Universidad Nacional/ICANH, pp. 321-452.
- McCook, Stuart
2002 **States of Nature: Science, Agriculture, and Environment in the Spanish Caribbean, 1760-1940**, Austin, University of Texas Press.
- McNeill, John
2003 «Observations on the Nature and Culture of Environmental History», **History and Theory, Theme Issue: Environmental History**, n° 42, pp. 5-43.
- 2003 **Algo nuevo bajo el sol: historia medioambiental del mundo en el siglo XX**, Madrid, Alianza.
- Melville, Elinor (ed.)
1999 **Plaga de ovejas: consecuencias ambientales de la conquista de México**, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ministerio del Medio Ambiente
1998 **El sistema de Parques Nacionales Naturales de Colombia**, Bogotá, Ministerio del Medio Ambiente.
- Nieto, Mauricio
2000 **Remedios para el imperio: historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo**, Bogotá, ICANH.
- Palacio, Germán (ed.)
1997 **Se hace camino al andar: aportes para una historia del movimiento ambiental en Colombia**, Bogotá, Ecofondo.
- Palacio, Germán
2002 «Historia tropical: a reconsiderar las nociones de espacio, tiempo y ciencia», en G. Palacio y A. Ulloa (eds.), **Repensando la naturaleza**, Bogotá, ICANH/Colciencias.
- Pérez Mejía, Angela
2002 **La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia, 1780-1849**, Medellín, Colombia, Editorial Universidad de Antioquia.
- Piper, Karen L.
2002 **Cartographic Fictions: Maps, Race, and Identity**, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press.
- Portelli, Alessandro
[s.f.] «Un lavoro di relazione. Osservazioni sulla storia oral» en <<http://libur.tripod.com/Portelli2.htm>> (2004, abril 15).
- Reclus, Elisée
1992 [1905] «L'uomo e la Terra» en G. Dematteis *et al.*, **Geografia senza confini**, Milán, Volontà, pp.127-133.

- Said, Edward W.
1978 **Orientalism**, New York, Pantheon Books.
- Scarzanella, Eugenia
2003 «Le bellezze naturali e la nazione: i parchi nazionali in Argentina nella prima metà del XX secolo», **Revista Theomai** 7.
- Schama, Simon
1995 **Landscape and Memory**, New York, A.A. Knopf.
- Siemens, Alfred H.
1999 «Extrayendo ecología de algunos documentos novohispanos de la época temprana», en B. García Martínez y A. González Jácome (eds.), **Estudios sobre América y ambiente I**, México, Instituto Panamericano de Historia y Geografía/El Colegio de México, pp. 219-264.
- Sluyter, Andrew
2001 «Ganadería española y cambio ambiental en las tierras bajas tropicales de Veracruz, México siglo XVI» en L. Hernández (ed.), **Historia ambiental de la ganadería en México**, Jalapa, IRD/Instituto de Ecología, pp. 25-40.
- Soluri, John
2000 «People, Plants, and Pathogens: The Eco-social Dynamics of Export Banana Production in Honduras, 1875-1950», **Hispanic American Historical Review** 80, n° 3, pp. 463-501.
2002 «Accounting for Taste: Export Bananas, Mass Markets, and Panama Disease», **Environmental History** 7, n° 3, pp. 386-410.
- Topik, Steven and Alan Wells
1998 **The Second Conquest of Latin America: Coffee, Henequen, and Oil During the Export Boom, 1850-1930**, Austin, Institute of Latin American Studies, University of Texas Press.
- Tortolero, Alejandro
2000 **El agua y su historia: México y sus desafíos hacia el siglo XXI**, México, D.F., Siglo XXI Editores.
- Tucker, Richard
2000 **Insatiable Appetite: the United States and the Ecological Degradation of the Tropical World**, Berkeley, University of California.
- Ulloa, Astrid
2002 «De una naturaleza dual a la proliferación de sentido: la discusión antropológica en torno a la naturaleza, la ecología y el medio ambiente», en G. Palacio y A. Ulloa (eds.), **Repensando la naturaleza**, Bogotá, ICANH/Colciencias.
- Watts, David
1995 «Ecological Responses to Ecosystem Shock in the Island Caribbean: the Aftermath of Columbus, 1492-1992» en Butlin y Roberts (eds.), **Ecological Relations in Historical Times: Human Impact and Adaptation**, Oxford, Blackwell.

Whitmore, T.M. y B. L. Turner

1992 «Landscapes of Civilization in Mesoamerica on the Eve of the Conquest», **Annals of the Association of American Geographer** 82, n° 3.

Worster, Donald

1996 «The Two Cultures Revisited: Environmental History and the Environmental Sciences», **Environment and History** 2.

Zárate Botía, Carlos G.

2001 **Extracción de quina: la configuración del espacio andino-amazónico de fines del siglo XIX**. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Sede Leticia, Instituto Amazónico de Investigaciones.

